

DE BUENAS LETRAS

El silencio

ARCADIO ORTEGA MUÑOZ

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

¿En qué piensas Tú, muerto, Cristo mío?» preguntaba don Miguel de Unamuno, sumido en la contemplación del Cristo de Velázquez, ese Cristo ya muerto y tan sereno, perplejo ante la luz del paraíso, donde un rictus de paz se desvanece, anegando en penumbra todo un cuerpo que arcángeles seráficos no osaran ni acercarse al hombre que crece y se traspasa, que modela la luz erguido y en penumbra, alcanzando en su halo de misterio la vivífica precisión de la luz, sobre ese rostro que hace que prosiga, que pregunte el maestro, absorto en la contemplación del Cristo, del Cristo de Velázquez, ya para siempre, por siempre ya su Cristo: «¿Por qué ese velo de cerrada noche/de tu abundosa cabellera negra/de nazareno cae sobre tu frente?»

Y pasa el Cristo del Silencio, el Cristo de la Misericordia que encarnara el genial imagineiro José de Mora. Y pasa dejando un tintineo de cirios con levedad, serenamente, camino de

otras calles de silencio esperado, donde la luz se eclipsa en el respeto de ese paso preciso y perfecto, que aún recuerda a los acompasados artilleros que, hace ya tantos años, portaban sobre las divisas de sus hombreras caqui, al Cristo muerto ya en su estación de penitencia, mientras un monocorde tambor pierde su eco, en esa lejanía de las placetas, de las calles estrechas, de los muros catedralicios y los tapiales cármenes albaicineros como único aviso para la noche más soberbia de la cristiandad, la noche del paso del Cristo muerto del Silencio.

Y sigue don Miguel y se contesta con la urgente seguridad de su angustia, y dice y se replica: «Miras dentro de Ti, donde está el reino/de Dios; dentro de Ti, donde alborea/ el sol eterno de las almas vivas».

Está pasando el Cristo del Silencio, el paso alumbrado por esos cuatro hachones de penitente mansedumbre; y la luz deslumbrada que permite rememorar al Cristo de Velázquez, al

Cristo ensimismado ya en su muerte, en la muerte más dulce del Hijo de los Hombres, el Cristo que esculpiera José de Mora.

Cruza el tosco sayal de los cofrades en esa intermitencia de luz y capirotos, se escucha levemente el arrastrar de colas en hileras de seria compostura, de silentes presencias pasajeras que caminan en sombra, perfectos en ese bien volver siempre al origen, a la iglesia de corte albaicinerio donde tiene su sitio y su pleraria cada día de sueño eternizado, en un brotar de rezos y esperanzas, después de haber cruzado los puentes junto al Darro, de perderse en callejas que saben de su nombre, de sentir ese mínimo calor del tenue y perdido resplandor de las velas. Y sigue.

Lee y medita el profundo Unamuno de los versos a Cristo la flor del I.5 del libro Apocalipsis, y escribe y nos define: «Eres Tú de los muertos primogénito,/ Tú el fruto, por la muerte ya maduro», mientras aún se oye el lejano sentir de ese tambor tan expresivo, el que sume en silencio la noche del Cachorro de Dios camino de los hombres, sobre austero llevar con calvario de flores, en esa precisión de mil clavos rojos.

Pasa el Cristo y, por un instante, Granada no respira, se estremece, «¡mis ojos fijos en tus ojos, Cristo,/ mi mirada anegada en Ti, Señor!» dice Unamuno en el último verso de 'El Cristo de Velázquez', diríase del Silencio. Él sigue su camino, mientras la paz se acuna en las miradas. Ha pasado el Silencio.